

Los milagros son efímeros

# REAGAN EL ANTIROOSEVELT

EDUARDO HARO TECGLÉN

**A**L cumplir los primeros 6 meses de su presidencia Ronald Reagan abandonó la Casa Blanca para pasar un mes de vacaciones.

Dejaba tras de sí un mundo atribulado por su decisión de poner en servicio las bombas nucleares, una nación conmovida por la huelga de los controladores aéreos, una considerable confusión por su legislación económica y la sensación de que quienes le votaron por tan amplia mayoría en el mes de noviembre de 1980 no se habían equivocado; lo cual no quiere decir que alguno de ellos —según las auscultaciones acostumbradas, en las que pierde puntos— no se hayan arrepentido. La dureza que pidieron se la están dando. Ronald Reagan fue arrollando en su campaña gracias a una imagen que parecía deseada como contraste con la sucesión de vagos y atormentados presidentes anteriores: un simplificador, un hombre de esquemas, dispuesto

al trabajo y a tomar decisiones rápidas. Los simplificadores, en política y en nuestro tiempo, suelen ser gentes de derechas. La izquierda intelectual y reflexiva parece quedarse perpleja ante la complejidad del mundo moderno, la confusión de las ideologías, las dificultades de tomar decisiones cuando cada conflicto ofrece una infinidad de soluciones; todas tienen su parte mala, todas su parte buena. Al llegar a este punto habrá que proceder a una considerable falacia de fondo y forma, como es la de suponer que los presidentes anteriores a Reagan podrían inscribirse en la izquierda. Es una simple hipótesis de trabajo que se justifica solamente por la relatividad: en comparación con Reagan todos los otros

presidentes, incluyendo al brutal y ciego Nixon, representan una aproximación a ciertas aptitudes de la izquierda, porque responden a requerimientos de la sociedad. Habría que tomar como origen a Franklin D. Roosevelt.

Roosevelt marcó un punto muy importante en la historia de la política y de la economía de Estados Unidos, y en las posibilidades de un mundo mejor y más abierto. Fue el primer presidente que creyó que la Unión Soviética era un país tratable con el que había que negociar y buscar puntos comunes; el primero que supuso que el capitalismo en la forma en que se conocía había llegado a un agotamiento —el mismo era una respuesta a ese agotamiento, marcado por la Gran Depresión de 1929— y necesi-

*Roosevelt marcó la ruptura del capitalismo salvaje y creyó en la posibilidad de entendimiento con la URSS, con la que mantuvo la alianza de guerra que se rasgó a su muerte. Desde entonces toda la política de Estados Unidos oscila entre encontrar otro Roosevelt o, por el contrario, el anti-Roosevelt que reemprenda el camino del gran capital.*

78 triunfo



Septiembre 1981



*Kennedy reemprendió el camino de Roosevelt, después del período Eisenhower-Nixon-Foster Dulles, con McCarthy al fondo. Después del momento culminante de la crisis del Caribe (en la fotografía los barcos de guerra de Estados Unidos que bloquearon la isla de Cuba) comenzó la coexistencia. Pero fue asesinado, y se inició una nueva etapa anti-Roosevelt...*

las circunstancias en que estaba envuelto. Nixon cayó en medio del desprestigio y aún del deshonor; fue a sucederle un Ford todavía más inepto —aunque más honesto— y finalmente un Carter que era el paradigma de la gran contradicción de los Estados Unidos; un hombre permanentemente oscilante entre el papel de Roosevelt que le había ilusionado en su juventud y el de anti-Roosevelt que le mandaba el estamento.

Le tocaron al pobre diablo algunos de los momentos más duros del período: la invasión de Afganistán, el desafío de Irán. No supo responder. Se revolvió con una fuerza que resultaba ridícula. Nadie hizo caso de sus sanciones contra la URSS; la cuestión de los Juegos Olímpicos pareció inoperante y necia. El intento de comando sobre Irán fue una de las operaciones peor planeadas, peor ejecutadas y con peor suerte de los últimos tiempos. Aún con buena suerte, sin el cúmulo de circunstancias meteorológicas que se volcaron encima, no podría haber conseguido nunca su descabellado objetivo. Carter no tuvo inconveniente en decir que el verdadero autor de la operación, y su único responsable, había sido él mismo.

El anti-Roosevelt apareció entonces, finalmente, con la figura de Reagan. Un anti de toda la vida, de la vieja guardia: un hombre que tenía veinte años cuando Roosevelt fue elegido por primera vez, y al que una breve estancia en el partido demócrata hizo comprender que ese no era su destino. Un admirador de Eisenhower, Nixon y Foster Dulles; un modesto colaborador de McCarthy en su cruzada contra los rojos —Reagan denunció a sus compañeros de Hollywood, cuando era actor; y así llegó a ser presidente del Sindicato—, un guerrero frío, un gobernador enérgico del difícil Estado de California... Un hombre, en fin, sin quebras, sin fisuras. Sin talento, evidentemente. Pero justamente era al talento —al pensamiento, a la reflexión, a la duda entre varias opciones— a lo que se tenía miedo. La derecha no lo ha necesitado nunca. Siempre ha llamado talento a la fuerza, y a una cierta falta de escrúpulos, a partir de una idea: en un mundo invadido por el mal la

taba unos límites: una dirección por parte del Estado, una limitación a su voracidad y su doctrina de supervivencia del más fuerte, en forma de una mayor igualdad de oportunidades y de una legislación social un poco más avanzada. Durante la larga presidencia de Roosevelt hubo hasta una pequeña época de Oro en el cine, la literatura, el teatro: nuevas ideas, nuevos sueños, nuevas esperanzas. Tanto pesó Roosevelt y sus intelectuales, aún ennoblecidos por su carácter de guerreros felices contra el nazismo, que la base principal de la idea de unos Estados Unidos como cuna y faro de las libertades y como campeones de la democracia proceden de entonces (una idea que no hay que desechar totalmente: una gran parte de esa nación la sostiene dignamente). Roosevelt murió en la víspera del ensayo definitivo de la bomba atómica y del final de la guerra. Es indiferente suponer que si Roosevelt hubiera tenido una larga y lúcida vida se hubiese ahorrado la guerra fría, quizá la Unión Soviética habría derivado por otro camino y el mundo sería un poco más feliz de lo que es. Se trata de una especulación idealista. Los hechos son los hechos: Roosevelt murió, le sucedió Truman, que quiso ser —por su antigua condición de vicepresidente aplastado e ignorado— un anti-Roosevelt, predominó en la alianza occidental el pensamiento ultraconservador de Churchill —que jamás compartió la ideología de Roosevelt en favor del entendimiento general con la URSS, y que creía que la democracia, para sobrevivir, debía copiar algunos métodos del fascismo, después de haber admirado mucho a Mussolini— y predominó el estamento capitalista de los Estados Unidos, que

se había recuperado del susto de la Depresión —gracias en parte a Roosevelt, gracias también a la guerra—; y Estados Unidos y, como consecuencia, el mundo, comenzaron a cambiar. Para mal. Se vio fácilmente que era para mal por el simple desarrollo de los acontecimientos: un riesgo permanente de guerra total, una permanencia extenuante de la guerra fría, una carrera de armamentos. El mundo se encontró con la contradicción de que todos los ideales que habían inspirado la guerra y que parecían triunfadores, y hasta institucionalizados —en la ONU y sus organismos derivados— estaban discutidos y hasta denegados. De no haber ido todo claramente mal, hasta el borde del peligro —el borde del abismo— era la consigna de la época, tan parecida a la fascista de «vivere pericolosamente», que se produjo una reacción de regreso a Roosevelt. Una vuelta a los ideales, a las esperanzas de la democracia y de la libertad, que tomó el nombre de Kennedy. Tanta inquietud produjo este regreso, apenas iniciado, que a Kennedy lo mataron. Para que no sucediera. El pequeño golpe de Estado del 22 de noviembre de 1963 tuvo algunos resultados inmediatos —la guerra del Vietnam— y otros diferidos; sobre todo, porque las cosas volvieron a ir mal, incluso peor. La guerra del Vietnam se fue perdiendo poco a poco, hasta que se perdió del todo; la invasión de Cuba no se logró, los pactos de guerra fría se fueron resquebrajando; el tercer mundo se sublevó, la alianza occidental apareció como un conflicto, la economía dejó de funcionar. Por un momento se pensó que Nixon podía ser el perfecto anti-Roosevelt, lo cual suponía no conocer bien a Nixon ni

## REAGAN

única respuesta es tratar de erradicarlo sin más dudas. La definición del mal, evidentemente, corresponde a la contraria de quien ejerce el poder, que sólo puede ser la encarnación del bien absoluto.

Un editorial del «Guardian» al cumplir Reagan sus seis meses de poder reflejaba su capacidad milagrosa para dar la vuelta a la situación en Estados Unidos. «Miremos hacia atrás, a las verdades establecidas hace dos años en la vida política americana. Que los demócratas eran el partido natural de gobierno. Que el presidente era un hombre sin verdadero poder o influencia para perfilar los acontecimientos. Que los ciudadanos ancianos no eran aptos más que para la Ciudad del Sol (el retiro hacia la muerte). Que la irresistible fuerza federal estaba en su gran momento. Miremos, después, hacia hoy mismo: Reagan tiene setenta años; aunque su partido no es mayoritario en la cámara de representantes, ha hundido a los demócratas en la humillación y la desgracia; los republicanos parecen

ahora el partido natural para casi todo; y el presidente mismo, aleccionando benignamente a la nación, parece una fuerza irresistible.»

Uno de los problemas esenciales de los milagros es su duración. Por lo que se sabe, los milagros no producen efectos permanentes, y al fin vencen las tendencias que se suelen llamar «naturales». O la entropía, si se ven desde un punto pesimista. Lázaro fue resucitado después de estar cuatro días muerto; debió pensar que volvía a la vida para siempre, para la eternidad, y esa debía ser la lógica; sin embargo, las crónicas cuentan que Lázaro volvió a morir hacia el año 60. En política las resurrecciones son muy efímeras. La del general De Gaulle duró diez años y acabó para siempre en algo tan bobo —en comparación con la inversión de grandeza, gloria y excepcionalidad que había hecho— como un referéndum sobre el papel del Senado. La de Nixon duró algo menos y tuvo un final peor.

No hay por qué creer que el regreso del anti-Roosevelt pueda profe-

tizarse como una solución final del orden del que se supone que traerá el Anticristo. No falta quienes se la atribuyan. Los profetas laicos del fin del mundo —aparte de cualquier suposición mística o fanática del milenarismo, que no faltan al aproximarse el año Dos Mil— estudian con alguna ansiedad la cuestión. Suelen basarse en algunos datos que les parecen objetivos. El primero es que el hombre tiene precisamente ahora la capacidad que no había tenido jamás en la historia; la fuerza suficiente para destruir la vida para siempre. El segundo es más opinable: que le falta la suficiente cordura como para renunciar a la utilización de ese poder, y que la mayoría de actos políticos que se registran cada día en grandes y pequeñas naciones manifiestan ese sentimiento y esa incapacidad a los que suele llamar locura. Más modestamente falta de sentido común. Algún filósofo determinista, de los aficionados a la creencia —por cualquiera de las vías posibles, materialistas o religiosas— del sentido de la vida, podría ver

*Nixon pareció ser el gran anti-Roosevelt: era un resucitado de la guerra fría. Pero la Prensa, el Senado y la justicia corrieron su camino. En la fotografía, las audiencias del Senado que produjeron el «impeachment», o desposesión, de Nixon.*





*Reagan parece ser el perfecto anti-Roosevelt. Es otro resucitado de la guerra fría, pero con la suficiente capacidad de simplificación y de energía como para tratar de reanudar la historia en el momento en que Franklin Delano Roosevelt la interrumpió. Lleva un enorme riesgo consigo.*

por el contrario una lógica, un ciclo completo, o un final de tragedia: como si la biología general de la especie humana tuviera el sentido aparente en todo: nace, crece, se desarrolla, reproduce y muere.

Volviendo a un terreno más manejable y menos especulativo, la conjunción que representa la aparición de Reagan en un mundo extrañamente peligroso como el actual es, efectivamente, un riesgo grave. Habrá que pensar que las dudas, retroacciones, vacilaciones y asombros de los políticos anteriores a Reagan supongan un reconocimiento real de la fluidez y el riesgo del momento presente, y que representaban mucho mejor, a pesar de su apariencia decadente y torpe, la situación mundial. Es decir, que la simplificación con que Reagan suele ver los problemas está muy lejos de la seguridad que aparentan sus soluciones.

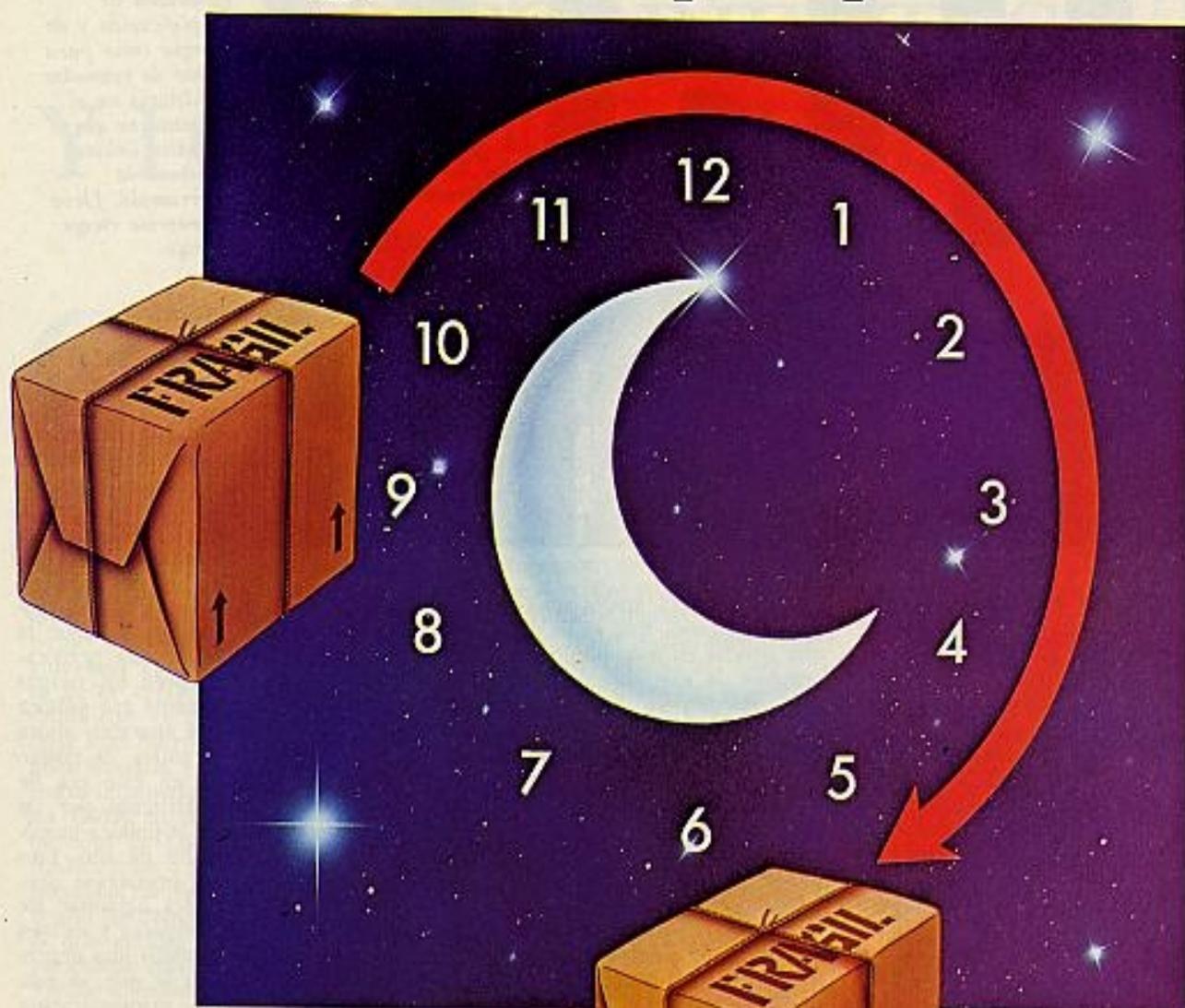
El mismo tema de los controladores aéreos aún con un aspecto bastante menos dentro del contexto, está rodeado de riesgos para el Presidente. Es, sin embargo, un «test» básico de su política y su personalidad. Está metido en una profunda reforma económica, y uno de los puntos esenciales de esa reforma es el control de salarios. Toda la nueva economía —que es también una resurrección— está basada en que los daños de la inflación proceden del exceso de los salarios; el plan de Reagan contra la inflación, a partir de la reducción de impuestos puede venirse abajo en estas concesiones. Lógicamente las peticiones de los controladores no podían

ser ni siquiera negociadas por el Estado-patrono, que si se deja abrir una brecha en este punto no podrá contener lo que considera una sangría. Ha tenido suerte en que el primer desafío proceda de una clase impopular: los controladores aéreos son muy pocos —trece mil— y están considerados por los demás trabajadores como unos privilegiados. Hay algo irritante en ver como esa minoría puede producir alteraciones en una sociedad especialmente sensible a este medio de transporte; la huelga afecta a cientos de miles de usuarios, que faltos de una conciencia política y sindical —como es el caso en los Estados Unidos—, reprochan directamente a los culpables inmediatos de sus trastornos. Pero allí donde otro presidente hubiera trabajado con sensibilidad, maniobra, diplomacia, negociación; o donde hubiera dejado a sus subordinados la responsabilidad directa, Reagan ha escogido su estilo personal y puro y simplemente ha decretado el despido de los controladores. No sólo tiene la seguridad de ganar, sino que tiene la necesidad de ganar, de sentir el abrazo o la palmada en la espalda del gran capital pre-Rooseveltiano. Pero ¿y si pierde? ¿Y si los controladores mantienen su desafío, si encuentran la solidaridad internacional que el Departamento de Estado se está encargando de apagar, si los medios puestos para asegurar el tráfico aéreo no llegan a ser suficientes? El riesgo es inmenso. Como lo es el de otros aspectos de la política antiinflacionista, como lo es la elevación de tipos de interés, que afecta a

las compras a plazos, que son una de las bases principales del comercio interior de los Estados Unidos. «Reagan no lo podría resistir —decía hace poco un editorial de «El País»—; ha contenido y aún está conteniendo la economía para que no se desboque la inflación, a la que ya está prácticamente dominando; pero los riesgos de mantener firmemente esa política de dureza monetaria aparecen ahora como demasiado grandes. Si pudiéramos ser profetas en esta era de incertidumbre, apostaríamos por un reblandecimiento de la política monetaria antes de este fin de año. Esto quiere decir que el presidente norteamericano no podrá aguantar los costes políticos, económicos y sociales que esta vez trae consigo una depresión profunda como la que ya está asomando la oreja, principalmente desde el automóvil y la vivienda».

Las personas que trabajan cerca de Reagan y que han tratado con él en los primeros seis meses de su poder coinciden en que el presidente no entra nunca en los detalles de cada operación que emprende. No hace más que los «trazos gruesos» —según un funcionario de la Casa Blanca— y deja a los demás —ayudantes, expertos, técnicos, burócratas— el trabajo de hacer posible su pensamiento. Algunos observadores creen que deliberadamente Reagan no deja que la opinión pública se entere de cuál es el reparto de trabajo entre él mismo, el Gobierno o sus consejeros privados. Su imagen pública es la de un hombre divertido, que escucha y hace preguntas a sus interlocutores, y que les contesta con chistes y anécdotas. El nuevo presidente del Gobierno italiano, Spadolini, ha dicho después de su primera entrevista que Reagan le recordaba mucho a Kruschchev por su

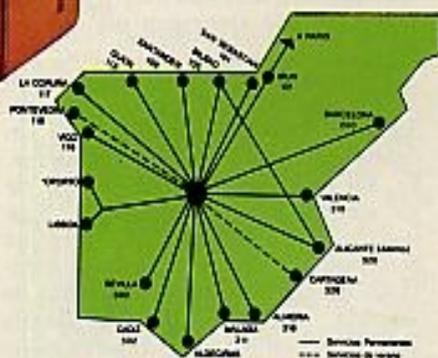
# El tren no duerme para entregar sus paquetes.



**PAQUEXPRES** es el sistema más rápido y cómodo para enviar sus paquetes. Con **PAQUEXPRES** sus paquetes viajan en los Trenes más rápidos, y llegan a su punto de destino en menos de 24 horas. Además, con **PAQUEXPRES** los paquetes llegan sin problemas y protegidos por un seguro de hasta 1.500 ptas./kilo.

Y puede entregar sus paquetes hasta una hora antes de partir el tren y recogerlos casi inmediatamente después de la llegada, con lo cual usted puede aprovechar el tiempo al máximo.

Y si quiere un servicio especial y garantizado, para expediciones urgentes o especiales, utilice: **ESPECIAL EXPRES**.



## PAQUEXPRES

## ESPECIAL EXPRES



Para expediciones rápidas.

Para expediciones urgentes o especiales.

afán de presentarse como un campesino repleto de cuentecillos y anécdotas aplicables a cada cuestión. El senador republicano Conable, que ha sido una pieza esencial en la presentación al Congreso de la reforma económica asegura que todas las negociaciones sobre la reducción de impuestos las ha tenido que llevar con los subordinados de Reagan y que, cada vez que se encontraba con el Presidente, éste le presentaba simplemente los hechos consumados: «El presidente se compromete absolutamente en el paso final del proceso —el objetivo— pero hasta ese momento no está presente.»

No parece que sea otra su posición en algo que a la vista del público está más relacionado con el riesgo general: la política internacional. Desde su antigua caverna de los tiempos gloriosos de la guerra fría, desde los tiempos de Eisenhower-Nixon-Foster Duller y, aún más, desde los del senador McCarthy, este hombre tiene una seguridad religiosa en la culpabilidad global de la Unión Soviética y en que la única manera de vencer este enemigo es el uso de la fuerza. Difícilmente le va a sacar nadie del «trazo grueso» que ha dibujado en este lienzo, y quienes lo intentan —los aliados europeos de primer orden— vuelven siempre escaldados de sus entrevistas. El esquema del mundo que se ha trazado Reagan desde su juventud consiste en creer que amenazas, motines, revoluciones y otros desórdenes del mundo no están provocados por la pobreza o las situaciones insostenibles, sino por los agentes de la Unión Soviética y por el comunismo internacional. Más aún: la pobreza y la riqueza no están mal repartidos por cuestiones de oligarquía, sino porque la mano soviética maneja todo el tinglado. Igualmente ha considerado siempre que la acción comunista está dentro mismo de los Estados Unidos: es la lección de McCarthy. En su campaña electoral no faltó la acusación de procomunistas para sus enemigos políticos. Es evidente que, de una manera global, esta cuestión podía aparecer más próxima a la realidad en la posguerra que en nuestros tiempos: una serie de oprimidos del mundo creían que el comunismo representaba la revolución salvadora de una situación insostenible. En los países de Occidente los partidos comunistas eran fuertes por la resistencia contra los nazis; la cuestión de la «obediencia» a la URSS, según la fraseología de la guerra fría, ni siquiera se la planteaban como tal, sino como un espíritu de unidad. Los

cambios sobrevenidos en la Unión Soviética, a partir de la Rusia de los zares, y en China, desde la de los emperadores y de los mandarines, suponían un modelo político. Aún no se habían planteado las grandes tragedias del comunismo: el descubrimiento de los crímenes de Stalin, el cisma chino, la manipulación de los partidos comunistas y revolucionaristas en aras de la política de potencia soviética, la percepción de la esclerosis de la revolución soviética y el desprestigio del régimen a partir de las insurrecciones de Checoslovaquia y Hungría —ahora, de Polonia—.

El problema esencial que plantea Reagan y acentúa a los meses de su presidencia es que no parece percibir claramente que todo esto ha sucedido. Entre otras cosas, porque no le conviene; pero primordialmente porque no lo cree. Preparado para ser presidente en los años de la guerra fría, cuando llega a la presidencia lo hace con las mismas premisas de entonces. Cuando Sadat le ha visitado hace un par de semanas para explicarle sus puntos de vista sobre la conjunción de problemas de Oriente árabe —Beguín y su gobierno, la necesidad de dialogar con Yaser Arafat y la OLP, la creencia de que las hostilidades con el Líbano y Siria pueden precipitar una nueva guerra— se ha encontrado con un interlocutor que le hablaba solamente de la intromisión de la URSS en la zona, de su actuación por países vicarios, del riesgo comunista. Cuando los aliados europeos presentan a Reagan el problema de las dictaduras en el continente, en Latinoamérica, se encuentran con la respuesta de que los movimientos democráticos y reivindicatorios son comunistas o favorecidos por la URSS, y que hay que olvidar el tema de los derechos humanos. Y cuando le hablan de la negociación con la URSS, responde siempre que tal negociación sólo puede hacerse con una superioridad de armamentos y de fuerza que obliguen a la URSS a aceptar sus condiciones. Sólo a instancias de los aliados europeos ha podido proponer Reagan una negociación a Breznev; pero no sin antes anunciar la preparación de la bomba de neutrones y advertir que el cerco de misiles desde las bases europeas es algo irreversible.

La visión de Reagan corresponde a la Unión Soviética de la época triunfalista de Stalin, en plena expansión, con una guerra mundial recién ganada y aliada todavía de las democracias occidentales, con unos partidos comunistas fuertes en Europa y unas revoluciones amigas en el mundo.

Encuentran sus iniciativas en cambio, a una Unión Soviética cercada y amargada, con una oposición interior —dentro del país— y otra dentro de su propio círculo de influencia. En estos últimos años, y a partir de 1956 —muerte de Stalin, revuelta de Hungría— y después con una auténtica aceleración histórica, la URSS ha ido perdiéndolo todo. Excepto la fuerza militar. Es imposible saber cuál es la relación de esta fuerza con los Estados Unidos en particular y con la OTAN en general, porque las cifras que se dan son poco fiables: tanto a Washington como al mando de la OTAN les interesa decir que las fuerzas soviéticas son superiores, para urgir el esfuerzo de rearme y de medidas de seguridad. En cualquier caso una diferencia escasa en más o en menos tiene poca importancia: tiene la fuerza militar y de armamentos suficiente como para hacer frente a una agresión directa; o como para lanzarla si cree que el cerco pone en riesgo su vida física y política.

El dilema que los aliados presentan a Reagan es el de que la negociación puede actuar en favor de una reconversión de la URSS en el sentido interrumpido de la desestalinización; según ellos es el período de la coexistencia el que ha causado todas las pérdidas de influencia soviéticas en el mundo; y que en cambio, la hostilidad puede hacer renacer en la URSS su capacidad de resistencia y ofensiva que tienen un carácter histórico: en todos los tiempos de cerco y amenaza, la URSS se ha crecido. La solución de este dilema puede representar la paz o la guerra. Las poblaciones europeas sienten que el riesgo de guerra se aproxima, y que la guerra puede ser, efectivamente, el fin del mundo. Por lo menos, el fin de Europa, campo de batalla asignado. Puede que una parte de la opinión americana comparta ese mismo temor; y tal vez entre las inseguridades económicas interiores y el miedo exterior hayan empezado a abandonar a Reagan, si las auscultaciones son fiables.

Pero el presidente sigue cabalgando sobre el milagro. Tiene una abrumadora seguridad en sí mismo; parece que hasta el mismo milagro de haber salido adelante del atentado sin ninguna secuela le aumente esa noción de hombre providencial que ya recalcó en el acto solemne de la toma de posesión, el «Inauguration Day». Todo ello aumenta la peligrosidad de la situación. Porque los milagros, insistimos, son efímeros; como todo aquello que se produce contra la razón, la lógica y el análisis. ■ E. H. T.